

LA PASTORAL CON LOS REFUGIADOS GUATEMALTECOS

Francisco López Rivera, S.J.



Tomado de **Christus**, n.588, Septiembre 1985.

INTRODUCCION

En el presente artículo se trata de describir una experiencia concreta y de reflexionar sobre ella. Así pues, no se pretende dar "criterios generales" o "normas prácticas" para la pastoral con los refugiados. Habrá que encontrar en cada caso esos criterios y normas. La experiencia que aquí se describe brota de escasos diez meses de trabajo con los refugiados de la zona de Comalapa, Chiapas. Prácticamente todos estos refugiados se hallan reunidos en unos 39 campamentos.

Con estos refugiados trabaja un equipo variado y variable de laicos y religiosos, ellos y ellas, por supuesto. En cuanto equipo consideramos todo nuestro trabajo como pastoral, así sea lo asistencial, como la salud, o lo más directamente religioso. Lo consideramos pastoral, porque lo realizamos en cuanto Iglesia y movidos explícitamente por nuestra fe cristiana. Aquí describiré el aspecto religioso, en la inteligencia de que no se debe desintegrar del resto del trabajo.

Exodo

No es una expresión vacía el decir que los refugiados han vivido la experiencia del Exodo. Esta, cuadra con su situación de manera sorprendente. Oprimidos, perseguidos por la muerte en su país, ellos han tenido que salir apresuradamente, apenas con lo que llevaban puesto, y han tenido que cruzar un "Mar Rojo", con el "ejército del faraón" pisándoles los talones. La carta del catequista refugiado que Ricardo Falla comenta en este mismo número, expresa esa experiencia con la fuerza de lo vivido. La "línea" ha sido el Mar Rojo del refugiado. Ya en México, se siente él a salvo del ejército que lo persigue. La hospitalidad y solidaridad de los mexicanos le dan seguridad. Esto en términos generales, pues sabemos que el ejército guatemalteco ha atravesado la línea en bastantes ocasiones, prolongando hasta el territorio mexicano su persecución. (Los refugiados del Chupadero lo supieron demasiado bien, el 30 de abril de 1984!).

Como quiera que sea, no pretendemos hacer un concordismo forzado, sino subrayar la similitud entre la experiencia del refugiado y la del pueblo hebreo (pueblo en proceso de serlo). Los refugiados pueden con toda naturalidad cantar con el salmo 124:

"si el señor no hubiera estado de nuestra parte -que lo diga Israel-
si el señor no hubiera estado de nuestra parte, cuando nos
asaltaban los hombres,
nos habría devorado vivos el incendio
de su ira contra nosotros:
nos habrían arrollado las aguas,
llegándonos el torrente hasta el cuello;
nos habrían llegado hasta el cuello las aguas espumantes.
Bendito el Señor, que no nos entregó como presa de sus
(dientes;
hemos salvado la vida como un pájaro de la trampa
(del cazador:

la trampa se rompió y escapamos.
Nuestro auxilio es invocar al Señor, que hizo el cielo y
(la tierra.

Como el pueblo israelita, después de pasar el Mar Rojo:

"Mi fuerza y mi poder es el señor,
El fue mi salvación.
El es mi Dios: yo lo alabaré;
el Dios de mis padres: yo lo ensalzaré" (Ex 15,2).

En el trabajo pastoral con los refugiados no cuesta ningún trabajo recordar, gozar, junto con ellos, esta experiencia de Exodo y unirse a su canto de gratitud y alegría. Cuando se cumplió un año de la masacre del Chupadero, los refugiados de S. Caralampio Guanacastón, quisieron recordar de manera especial ese día, esa desgracia, esos hermanos muertos. Y quisieron que una parte fundamental de su celebración fuera la Eucaristía. Después de que varios de ellos expresaron ante el pueblo reunido su sentir sobre aquella triste experiencia, vino la Eucaristía. Las palabras del salmo arriba mencionado: "Hemos salvado la vida como un pájaro de la trampa del cazador: la trampa se rompió y escapamos. Nuestro auxilio es invocar al Señor, que hizo el cielo y la tierra", expresaban vivamente la gratitud de los ahí presentes por haber sido salvados de aquella emboscada, junto con la tristeza por la muerte de un niño, una mujer y cinco hombres.

Animar la esperanza

Al decir que una de las tareas del agente de pastoral es reanimar la esperanza de los refugiados, debo consignar un hecho muy claro: no es que nosotros transmitamos a los refugiados una esperanza que ellos no tienen; son ellos los que saben de esperanza y nos la transmiten. Pero, tal vez podamos decir como S.Pablo:

"Queremos animarnos mutuamente con la fe de unos y otros, la de Uds. y la mía" (Rom 1,12).

Y, en este sentido, sí cabe tratar de apoyar la esperanza del refugiado, sujeta también a la tentación.

La esperanza de los hebreos los impulsaba hacia la tierra prometida. Ahí culminará su liberación (o una etapa de ella, para ser más exactos). Así pues, la liberación no se cumplió en el paso del Mar Rojo. Todavía quedaba un largo camino físico,

psicológico y de fe, para lograr la liberación. Pronto se presenta la tentación de querer que las cosas sucedan de manera fácil. El pueblo se ve ante lo duro de una marcha incierta por terreno desértico, hostil. Esta situación lo lleva a desconfiar de Dios. ¿Cómo es que él los guía y no hace las cosas más fáciles? ¡Si es Dios, que lo haga! La desconfianza pasa a los jefes que conducen al pueblo, Moisés y Aarón. Ellos también son blanco de la protesta popular. Y en una reacción extrema de desconfianza y cansancio, algunos llegan a añorar los bienes de que "gozaban" en Egipto, aunque fuera en condición de esclavos (Ex 16,23).

Esta misma tentación de desesperación se puede dar en los refugiados. No bastó con "cruzar la línea", para cantar una liberación lograda. Es apenas un paso. Habrá que caminar "por el desierto y bajo el sol" (como ellos mismos expresan en uno de sus cantos), antes de llegar a la tierra prometida: un Guatemala libre, en paz; con la paz de la justicia y la fraternidad; a donde ellos pueden regresar sin peligro de sus vidas; un Guatemala nuevo, que ellos mismos ayuden a construir.

En el refugiado también se da la tentación de añorar los "ajos y cebollas de Egipto" (en muy pocos casos, me parece a mí).

Más frecuente es la tentación de desconfiar de los hombres que asumen puestos de servicio en la comunidad. Contra éstos va a veces la protesta por que no hacen más fáciles las cosas, porque exigen una disciplina necesaria; y también, a veces, por los errores reales que aquéllos cometen. El pueblo israelita, que había cruzado el Mar Rojo, recibió de Moisés unas normas de convivencia. De nada le habría servido superar la esclavitud de Egipto, si iba a recrear entre sus mismos miembros la esclavitud, la opresión. Así también los refugiados necesitan establecer entre sí mismos unas normas de convivencia, para poder seguir caminando como pueblo, comunitariamente, hacia su liberación.

Aquí viene otra tentación, la del individualismo. Se pierde de vista que la liberación del pueblo ha de ser comunitaria. Se siente la inclinación a asegurar lo propio, a descuidar lo común, a pensar sólo en términos de "yo y mi familia". El agente de pastoral deberá ser sensible a este tipo de situaciones y colaborar a mantener la esperanza, a desenmascarar la impaciencia y la añoranza destructivas (hay una añoranza construc-

tiva), a fomentar el espíritu comunitario y combatir el individualismo. Por eso hemos procurado dar este enfoque comunitario a todos los servicios que ofrecemos. Por supuesto, atendemos a las personas individuales, pero procuramos hacerlo siempre en un contexto claramente comunitario y en conexión con las personas a las que la comunidad ha encomendado los diversos servicios. No podemos idealizar ni canonizar a nadie, incluidos los refugiados. La esperanza es ante todo un don del Señor y como tal tiene que pedirse, acogerse y secundarse. Por otra parte, estamos persuadidos de que el refugiado es un destinatario privilegiado de ese don.

La comunidad orante

En los momentos de explicitación comunitaria y simbólica de su fe, los refugiados encuentran una verdadera inyección de alegría y esperanza. Estos momentos son la celebración de la palabra, la Eucaristía y la celebración de otros sacramentos (bautismo, matrimonio, reconciliación). Los refugiados usan con pleno sentido la expresión "palabra de Dios". En la meditación y reflexión de esa palabra encuentran verdaderamente al Dios que los ha librado y los quiere seguir librando. Todos en el equipo hemos pasado algunos de nuestros momentos más interesantes de convivencia y solidaridad en esas celebraciones. Y nos ha impresionado la profundidad con que se expresan al reaccionar ante la proclamación de la palabra.

La Eucaristía es también un momento muy fuerte para la comunidad. Ahí, la presencia de todos, los símbolos, los cantos, la palabra, la presencia del señor en el sacramento, todo recuerda al refugiado que cuenta con un apoyo, que "no debe desmayar" (en expresión de ellos). Puede ser una Eucaristía en la Cieneguita, con tres sacerdotes concelebrando, con abundantes bautizos, con matrimonios (las novias vistiendo los trajes típicos mam y canjobal) y primeras comuniones, con gran asistencia del pueblo, ante un altar bellamente adornado. O puede ser una Eucaristía en el Cocalito, con la asistencia de unas cuantas familias (apenas hay unas trece en el campamento), con una pobre mesita haciendo de altar. Siempre la Eucaristía es ocasión de compartir la esperanza y confirmarse en ella, de invitarse a mantener el espíritu comunitario y a superar la tentación del individualismo.

Transcribo algunas frases de una carta en la que se invita al sacerdote a celebrar la Eucaristía en un campamento:

"... Nuestra presente es para hacer una invitación a que usted venga a celebrar la Santa Misa en nuestro campamento, ya que tenemos preparados 8 par de matrimonios, 30 para bautizos, 8 para primera comunión... Le estamos muy agradecido ya que usted se acordado de nosotros con con mandar a avisa con el hermano N. que nos dio el aviso. Esperamos pues a que nos visite ya que tiene días que hemos deseado una Santa Misa que se celebre con nosotros. Recibe un saludo de parte de sus hermanos en Cristo. Atentamente, los catequistas".

Con razón a veces los refugiados añoran las celebraciones litúrgicas que acostumbraban tener en su terruño. Esta es una añoranza muy legítima y constructiva. Ellos pueden muy bien evocar el salmo 42,5-6:

"Recordando otros tiempos desahogo mi alma:
Cómo entraba en el recinto y me postraba hacia el santuario,
entre cantos de júbilo y acción de gracias, en el bullicio de la fiesta.
¿Por qué te acongojas, alma mía; por qué te me turbas?
Espera en Dios, que volverás a darle gracias:
'Salud de mi rostro, Dios mío'".

Añoran una atención en este aspecto que, por desgracia, no siempre hemos podido dar. Queda como un reto continuo.

El catequista

Ya se ve que el catequista es un elemento clave en la pastoral con los refugiados. El promueve la celebración de la palabra y de los sacramentos. El comunica al sacerdote las necesidades de la comunidad en el campo pastoral. Por ello tenemos el reto de animarlos y ofrecerles elementos formativos que los capaciten cada vez más. Esta capacitación se la hemos ofrecido junto con la que ofrecemos a los catequistas mexicanos. Este contacto e intercambio es muy rico. Pero, por la experiencia queda claro que aun cuando es buena su participación en la formación y el trabajo con los catequistas mexicanos, sin embargo, es necesaria una atención específica a los

catequistas refugiados, dada su particular situación. Sobre todo, es necesario ayudarlos a concebir y realizar su trabajo de catequista de acuerdo al proceso que está pasando su pueblo, para que puedan apoyarlos e impulsarlo. La comunidad designa a sus catequistas, y si llega a darse una situación que lo amerite, los remueve. A veces la comunidad necesita que la estimulen a tener un catequista ("nadie se atreve a tomar este cargo"), o a dar ayudantes al que trabaja solo; éste es labor del equipo de pastoral.

En algunas partes de Guatemala había una organización muy desarrollada en cuanto a la selección, prueba, capacitación y confirmación de los catequistas. Los catequistas pasaban por tres grados: delegado de la palabra, catequista, animador de la fe. Nosotros no hemos logrado todavía en todas las zonas pastorales una organización parecida, que continúe las que ellos tenían.

Otro aspecto de la labor de pastoral, a propósito de los catequistas, consiste en apoyar, o en su caso ayudar a que se dé una profunda relación entre el catequista y los miembros de la comunidad que desempeñan otras funciones de servicios. Esto, para mantener la integración entre los diversos aspectos de la vida de la comunidad. En general, podemos decir que los refugiados (al igual que los campesinos mexicanos) integran con gran naturalidad fe y trabajo, fe y servicio a la comunidad.

La inculturación

Un enorme reto pastoral, casi imposible de atender adecuadamente, es el de la inculturación. Aquí se requiere una múltiple inculturación: en un pueblo que no es mexicano, sino guatemalteco; en un pueblo que vive como refugiado; en un pueblo que en gran parte es indígena ¿qué hacer ante este reto? ¡Lo que se puede! Celebrando la Eucaristía en S. Caralampio, con una asamblea mayoritariamente indígena (Mam y Canjobal), he sentido la importancia de no conocerlos más a ellos, su cultura, su mentalidad, su lengua. Capto su apertura y benevolencia hacia el "hermano sacerdote"; capto lo mucho que les significa la celebración que estamos realizando; pero también capto mi involuntaria pero real lejanía... Algo ayuda la traducción (y glosa, seguramente) que de mis palabras hace el catequista canjobal; pero es obvio que no basta.

En este sentido, la presencia frecuente con los refugiados en sus campamentos, la convivencia informal, el trabajo común, es decir la vida compartida, es lo único que puede hacer que se vaya dando esta gradual (siempre incompleta) inculturación.

Los mexicanos

Sin el apoyo de los campesinos mexicanos, los refugiados no podrían subsistir, esto es evidente. Y en la mayoría de los casos, los mexicanos han estado a la altura. Los refugiados expresan una y otra vez su gratitud hacia sus hermanos campesinos mexicanos. Por supuesto, los mexicanos más lúcidos reconocen y agradecen la aportación que les han traído sus hermanos guatemaltecos. "Nos han dado ocasión de actuar como cristianos", han dicho algunos.

Pero también el mexicano está expuesto a la tentación. Ante todo, la tentación de rechazar al refugiado, de ver en él una amenaza múltiple, una molestia ("nos quitarán fuentes de trabajo, nos quitarán las tierras, provocarán que el ejército guatemalteco haga incursiones en nuestras comunidades, van a causar alboroto cuando anden 'bolos' -ebrios..." o, por el contrario la tentación de ver en el refugiado mano de obra barata y explotable. O bien, la tentación de culpar al refugiado de cuanto disturbio surja en la comunidad, o de acusarlo de abuso de confianza.

Como antes decíamos, no se puede canonizar a los refugiados. Es imposible que ningún refugiado tenga una actuación incorrecta. Por ejemplo, a medida que ha sido posible comprar bebidas alcohólicas, ha habido incidentes debido al alcohol. Ya habíamos mencionado la tentación de romper la disciplina impuesta por la comunidad. Pero, en conjunto, su actuación ha sido notablemente correcta y respetuosa de las normas de convivencia establecidas de acuerdo con los mexicanos. El obispo D. Samuel Ruiz suele hacer notar que en los años que llevan aquí los refugiados, y a pesar de ser ellos varios miles, no han provocado ni siquiera un incidente sangriento. Y más bien se les ha tenido que defender en repetidas ocasiones de los abusos de algunos mexicanos menos conscientes, y en concreto, de algunos funcionarios gubernamentales.

Según se ve, conforme a este cuadro, uno de los retos

pastorales es el de sostener y estimular la solidaridad de los mexicanos. Hay que ayudarles a ver con objetividad la actuación de los refugiados, para que los fantasmas se deshagan. Si hay conflictos, se trata de ayudar a solucionarlos partiendo de la solidaridad como base. Hay que apelar a la conciencia cristiana de los mexicanos, para que se abran a la solidaridad. En una ocasión, en que una comunidad mexicana había tenido una actitud francamente poco solidaria con los refugiados, se hizo una reflexión en torno a algunas palabras de la Biblia que invitan a la solidaridad con el forastero (refugiado). Por ejemplo:

"No defraudarás el derecho del emigrante (refugiado) y del huérfano, ni tomarás en prenda las ropas de la viuda; recuerda que fuiste esclavo en Egipto, y que allí te redimió el Señor, tu Dios; por eso yo te mando hoy cumplir esta ley.

Cuando siegues la mies de tu campo y olvides en el suelo una gavilla, no vuelvas a recogerla; déjala al emigrante, al huérfano y a la viuda, y así bendecirá el señor todas tus tareas.

Cuando vares tu olivar, no repases las ramas; déjalas al emigrante, al huérfano y a la viuda.

Cuando vendimies tu viña, no rebusques los racimos; déjaselos al emigrante, al huérfano y a la viuda. Acuérdate que fuiste esclavo en Egipto; por eso yo te mando hoy cumplir esta ley" (Dt 24,17-22; Ex 22, 20).

A raíz de esta reflexión, algunos miembros de la comunidad reconocieron su falta de solidaridad, y surgió el propósito de ser más solidarios en el futuro.

Otros aspectos

En cuanto a la decisión del gobierno mexicano de reubicarlos a Campeche y Quintana Roo, que para los refugiados ha significado una fuente de múltiple incertidumbre y sufrimiento, nuestra actuación como equipo pastoral ha sido la de acompañarlos en su proceso de reflexión y diálogo, entre sí con las autoridades mexicanas. Hemos tratado de respetar el derecho que tienen a ser ellos los sujetos de sus decisiones; también hemos tratado de actuar como instancia crítica cuando se han dado violaciones a los derechos humanos (aunque tenemos que reconocer que a veces nuestro silencio no ha sido muy evangélico).

La situación de los refugiados lleva consigo el peligro de

crear en el equipo pastoral una actitud paternalista, que mantenga el aspecto asistencial de nuestra ayuda más allá de lo que el proceso va requiriendo. A la vez, eso puede crear en los refugiados una actitud de dependencia, en contradicción con la iniciativa y laboriosidad que poseen ellos y que han mostrado de muchas maneras. Por ello nos hemos propuesto reforzar una marcha procesual hacia la máxima autosuficiencia por parte de los refugiados. Es obvio que, en su condición de refugiados, quedarán siempre aspectos en los que la autosuficiencia se vea demasiado condicionada, contra su voluntad: ahí entrará la asistencia (¡sólo la necesaria!).

Estos son algunos rasgos del trabajo pastoral con los refugiados. Como vemos, fundamentalmente se trata de acompañarlos en su éxodo y en su marcha hacia la tierra prometida; de compartir con ellos, de palabra y de obra, la certeza de que Dios es el señor de la historia, de que él ha visto su aflicción y está con ellos. Se trata de apoyarlos en su esfuerzo por seguir siendo un pueblo unido, con profundo sentido comunitario. Se trata de ayudarlos a descubrir y superar las tentaciones del camino. Se trata de un acompañamiento humilde y respetuoso, puesto que ellos son los sujetos de sus decisiones y de su destino. Los acompañamos en la esperanza de encontrar esa "tierra nueva", esa Guatemala nueva que ellos mismos contribuyen a crear.

